

**EMILIO
URANGA**

50 AÑOS DE FILOSOFIA EN MEXICO

Se trata de lo siguiente: cincuenta años de actividad filosófica en México se supone que han arrojado algunos resultados apreciables. Como se trata de relatar una historia me atengo a los principios que parecen regular toda indagación de índole historiográfica. A tenor de estos principios el pasado no determina al presente y al futuro sino a la inversa, es nuestro presente y futuro inmediatos quienes dan la pauta para hacer hablar lo que llamamos el pasado. Desde nuestro presente interrogamos al pasado inquiriendo por el sentido de algunos problemas que hoy nos preocupan. El pasado en sí nada sabe decir, sólo cuando el presente lo mueve y remueve es capaz de arrojar de sí una enseñanza para los que viven en el presente. En definitiva; la historia es el presente beneficiándose del pasado y dotando a este de un sentido que aquél quizás ni barruntó.

Se preguntará por los componentes de este presente privilegiado que hace del pasado su botín, y respondo, sin reticencia alguna, que son los hombres que en la vida pública de México tienen hoy la posibilidad de modelar dentro de sus capacidades y límites el futuro inmediato. Son los personajes activos de la vida de la nación los que se preocupan por poner en claro cómo se ha de entender el pasado y cómo interpretar sus enseñanzas. El hombre que despliega su vida en el horizonte de la acción, cualquiera que sea su índole: política, económica, científica, educativa, filosófica, etc., es por eminencia el generoso: dispone y distribuye la suerte del pasado y del futuro, proyecta y hereda. El inactivo, soñador, visionario, añorante o nostálgico se ve confinado en alguna de las celdillas que para el activo es sólo una parte de la totalidad de su horizonte.

Pues bien: nuestra historia se inicia con la crítica que el Ateneo hizo de la doctrina filosófica *oficial* del porfiriato: el positivismo. Esta crítica reside esencialmente en un anhelo de libertad, de libertad como amplitud. Por razones que no podemos hoy comprender con toda nitidez, los ateneístas, y en concreto, Antonio Caso, sintieron que en aquella doctrina estaban encarcelados, que se les cortaban las alas, se les entumecían los entusiasmos. El espíritu de Caso exigía un espacio más amplio que el que podía brindar una filosofía en que la ciencia era interpretada como inflexible acotadora del campo en que con legitimidad debía moverse nuestra indagación teórica. ¿Cuál es la obra del positivismo? Y en sus propias palabras: "La obra del positivismo, la obra de la indiferencia por el ideal, la obra de la educación fundada sólo en la ciencia. . . educación unilateral que desdeñó, sin justificación posible: la cultura artística, moral, cívica, religiosa, histórica, humana. . . jamás logrará reunir los sufragios de las generaciones venideras."

Como se ve por esta cita característica de una actitud general, el reproche que se enderezaba a los hombres de la vieja generación era su enjutmiento, su cerrazón, su aldeanismo espiritual. Ser positivista significaba dejar a un lado fértiles regiones de la



Antonio Caso

experiencia humana, excluir o extirpar porciones de lo humano que no encuadraban con las prescripciones de un dogma.

No es posible explicar a quien no lo sienta así de antemano, por qué el universo de la ciencia suscitó en aquellos mexicanos la asfixiante conciencia de estar encerrados, limitados, copados. Los que viven dentro de ese universo se mueven en él muy a gusto, y en modo alguno es evidente que en sí sea un universo finito, acotado. Saltar afuera para verle sus contornos es un movimiento que jamás lograremos explicar de manera racional. El hecho es que Antonio Caso se emplazó en una perspectiva en que todo el positivismo se le apareció como una monstruosa negación de lo humano. Vio que el hombre era más grande de lo que decía de él el positivismo, pero lo notable es que logró no tan sólo plantear este salto que había dado sino hacerse acompañar por la opinión de los mexicanos de generaciones ulteriores.

Hay que subrayar una correspondencia esencial. La exigencia de libertad que en el doctor Caso asumió la forma de crítica al positivismo es simultánea de la exigencia de libertad política que el pueblo de México tradujo entonces como un movimiento revolucionario. Son dos expresiones de un mismo anhelo de libertad, de una misma incomodidad, o sensación de parálisis y estancamiento. Se vive entonces amargado por la idea de un espacio más amplio, de una apertura, de un ensanche del horizonte. Equivocación imperdonable sería, empero, interpretar o ligar estos dos hechos por un esquema causal. El pensamiento de Caso no es efecto de la Revolución ni mucho menos su causa. Son dos escorzos o aspectos de una misma realidad, como el verde de un limón se corresponde precisamente con su acidez.

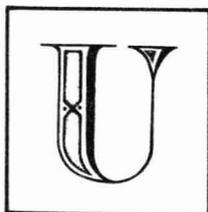
La correspondencia de estos dos hechos reside en escapar de una coacción, en rechazar un confinamiento, o en palabras filosóficas es una libertad meramente negativa que busca despegarse o desgajarse de una inflexible serie causal para quedarse en un punto muerto condición de toda posterior determinación. Positivamente la obra de Caso significa la interpretación de la libertad como un anhelo de apropiación del mundo espiritual, es decir, que Antonio Caso reclamaba la libertad para poder llenar sin cortapisas con toda la experiencia humana el hueco que se había tallado al desprenderse de la ciencia.

Lo que se anhelaba era una inmersión en el mundo histórico creado por la Humanidad que no se había cuidado de respetar en su ímpetu las reglas de juego dictadas por el positivismo. La comunicación estética con la totalidad de la creación humana sería quizás una interpretación adecuada de esta actitud. Por eso es que sintió Caso en el bergsonismo una filosofía afín a sus propias inquietudes. El impulso vital, el ímpetu de la vida que en su expandirse va configurando las especies, los géneros, el hombre, el universo entero, es una corriente de fresca proyección que saciaba los anhelos de un entusiasmo por todo lo que es creación

animación, forma y sentido. Más tarde Caso ha de deslizarse de esta interpretación demasiado biológica quizás hacia una interpretación histórica, en que la Humanidad, no tanto la vida, es la que va configurando sus propias creaciones. A su vez hay que advertir que cuando hablamos de inmersión no suponemos en modo alguno que al echarse ahí el individuo se cancele, se anule, sino por el contrario, se conserva en cuanto tal, pero sumergido en una amplísima atmósfera de vida histórica. Ello nos explica por qué el doctor Caso conservó siempre despierta la conciencia para la individualidad y por qué bregó siempre en contra de todo colectivismo, en especial el marxismo.

Antonio Caso fue un polígrafo que enseñó al filósofo mexicano el esencial derecho de apropiarse de toda forma de cultura y de reflexionar sobre sus contenidos. De ahí su enorme curiosidad por toda suerte de disciplinas y de dedicaciones del espíritu. Junto con ello hay que poner su vigorosa capacidad de retórico y dialéctico. El se procuró acceso ilimitado al mundo histórico, reclamó el derecho de viajar por él sin absurdos temores o respetos a los dogmas, con pasaporte, diríamos, de diplomático. Pero si bien fue viajero del mundo del espíritu, en cuanto a desplazamiento especial fue más bien un sedentario. Su preocupación espiritual acercaba los objetos de la cultura, pero la distancia real, geográfica no se sintió en la obligación de franquearla. Filósofo universalmente, sentado en México, y apenas una escapada a Sudamérica hay que contar como sus viajes. ¿Cuáles fueron las razones de este sedentarismo? ¿Por qué no compartió con sus amigos José Vasconcelos y Alfonso Reyes esa vocación de viajeros y de trotamundos que presta a sus respectivas obras tanta densidad de humana experiencia? Estas cuestiones pueden quedarse aquí sin respuesta, ya que lo que primariamente nos interesa destacar es el segundo momento de la filosofía mexicana que a partir de esta dimensión viajera se constituye precisamente en la obra y persona de José Vasconcelos.

Partimos también aquí de la misma ansiedad por un espacio más amplio, de la misma sensación de incómodo confinamiento producida por el positivismo. Pero la amplitud a que se accede no es ya el mundo del espíritu sino ante todo la vastedad geográfica. Vasconcelos ve en el *nacionalismo*, entendido a su peculiar manera, un estilo de estrechamiento que urge rebasar para reconciliar el propio espíritu con su espacio adecuado. El espíritu es esencialmente continental, iberoamericano. Sólo en esta dimensión espacial abre sus alas, pues en las nacionalidades en que pretenden enterrarlo los incomprensivos no se manifiesta, no se expande, no toma cuerpo. "La generación a que yo pertenezco ha visto renacer el anhelo iberoamericano", nos dice Vasconcelos en un ensayo de *Indología* (pág. 25). La ruptura con el positivismo significa la reconquista de un campo geográfico más amplio que el de una nacionalidad iberoamericana, el de una totalidad metafísica a la





José Vasconcelos

cual está coordinada una *raza* iberoamericana como condición de su realización: "La raza iberoamericana recobra la conciencia de su unidad y camina hacia la fusión espiritual y hacia la confederación política" (pág. 26).

La realidad de Iberoamérica como continente sólo es sentida por el viajero. Es el viaje la única manera de despliegue y de descubrimiento de esa entidad. Es claro que nos podemos apropiarnos imaginariamente de Iberoamérica por medio de lecturas, pero con ello se falla a la esencial manera de patentización de esta realidad y en cierto modo se le vuelve la espalda. No hay otro camino de apropiación del espíritu iberoamericano que recorriendo sus caminos, conociendo sus ciudades, transportándose físicamente por sus regiones. "Cada habitante del planeta, por lo menos dentro de ciertos límites de edad, debiera disfrutar del derecho natural de transportarse gratuitamente o a muy poco costo de un extremo a otro del mundo" (pág. 29). En una filosofía como la que propugna Vasconcelos nada es más lógico que la exigencia de este derecho "natural" al viaje. Estamos ya muy lejos de la concepción de Antonio Caso. No se trata sólo de conquistar el derecho de un acceso al mundo del espíritu. Este derecho no basta, es irreal y abstracto, es una refutación de palabra, pero no de camino, si se nos permite la expresión. Vasconcelos descubre a Iberoamérica como "paisaje", y saca el espíritu de este paisaje. Es ésta una concepción absolutamente peculiar, una privatísima manera de entender la encarnación del espíritu.

En correlación con este ensanche de la libertad en la dimensión del paisaje se encuentra la crítica al confinamiento que con mucha agudeza Vasconcelos liga a los afanes del altiplano, y muy en especial al altiplano mexicano. "Yo no creo mucho en el altiplano como tierra de vitalidad" (pág. 49), nos dice. Y a continuación, y a grandes rasgos, esboza la "psicología" del hombre del altiplano. En primer lugar el hombre del altiplano es aventurero, lo que quiere decir que en este carácter reside una esencial tendencia "a esperarlo todo de lo imprevisto" (pág. 52). "De ahí que nuestra psicología sea como la del jugador; jugamos a la riqueza y jugamos con la vida y nos mantenemos en una suerte de constante actitud de apuesta." El abandonarse ilimitadamente al azar cree Vasconcelos que resulta de una impotencia para dominar por la técnica a la naturaleza. "La suerte da y quita al capricho, pero este capricho de la naturaleza no es una fatalidad permanente, sino una simple consecuencia de la pobreza de nuestros métodos de aprovechamiento" (pág. 53). En definitiva el logos del azar es un logos provisional que espera la intervención de la razón técnica para desvanecerse. Y el logos iberoamericano, el espíritu que expresará la raza iberoamericana, no puede ser otro sino la conquista técnica de ese paisaje, "una naturaleza de la que sólo seremos dignos el día en que nuestra mecánica y nuestra técnica se hayan hecho capaces de utilizarla" (pág. 20). Lo que conviene retener del pensamiento

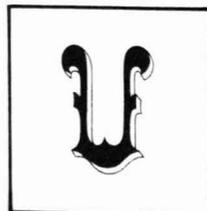
de Vasconcelos es la conciencia de que el altiplano será salvado por el trópico y no a la inversa. No entiende que el avance hacia el dominio del trópico, que contrapone al altiplano, surgirá de esos montañeses "aventureros" y "azarosos", sino que vendrá a ellos mántandoles por fin los rasgos de carácter hasta hoy exhibidos.

Con esto tocamos la cuestión decisiva que plantea a la reflexión el pensamiento de Vasconcelos. Lo mexicano que va a ser el tercer momento de nuestra historia de la filosofía en medio siglo, es pasado por alto en esta filosofía iberoamericana. Lo mexicano, en efecto, no tiene nada de tropical y es más bien su antípoda. Conviene recordar a este propósito las agudas observaciones de Villaurrutia en que se contrapone, a la poesía tropical de Carlos Pellicer, toda la tradición mexicana de poesía, y cómo en poetas tropicales como Díaz Mirón, hay un retorno, tarde o temprano, a los temas no solares sino crepusculares del espíritu. Pero en Vasconcelos no ha habido este retorno. No pudo haberlo. Su tropicalismo es invulnerable. En las tres dimensiones de su pensamiento: iberoamericanismo, paisajismo y tropicalismo, con su correlativa aversión al altiplano, se manifiesta Vasconcelos ajeno al espíritu mexicano. Quien pretende ubicarlo entre nosotros no puede menos que reconocer que tal tarea carece de sentido. En cambio los que le han visto en Sudamérica lo encuentran en cuadro hecho a su medida. El sentido del paisaje es desde luego la nota dominante. Como ha dicho muy atinadamente Laín Entralgo, Hispanoamérica es fundamentalmente geología. Con esto se quiere decir que la tierra desnuda forma todavía gran parte del paisaje de Sudamérica. Propiamente no se puede hablar del paisaje, ya que lo que el hombre ha transformado con su esfuerzo es mínimo en comparación con lo que resta de virgen y selvático. Sudamérica, es un vasto continente en que los datos geográficos son lo predominante y lo humano es adjetivo, demasiado adjetivo. La visión estética de Vasconcelos es la verdadera dimensión de su filosofía. La transformación técnica sería el ideal que bien a bien no se compadece con estas efusiones líricas. Vasconcelos es sudamericano más que mexicano. Su naturalismo en que raza y paisaje se conjugan no encaja en las tendencias dominantes de la filosofía mexicana del medio siglo. En este punto de vista se encuentra más cerca que ninguno de nosotros a lo anglosajón. O para decirlo con una palabra: siempre *descentrado* hacia el sur o hacia el norte. Vasconcelos ha interpretado su vida como si México lo hubiera excluido y no merecido, pero en la realidad de las cosas ha sucedido a la inversa. Nuestro Ulises se ha centrifugado de México y es por ello por lo que en nuestra generación tiene escasa influencia. Su filosofía tropical no gana ya adeptos, hemos perdido esa dimensión que en su época lo hizo tan vibrante.

Más que de raza y paisaje, nuestros problemas son morales. Y con esta acentuación o enlazamiento de lo mexicano y lo moral se inicia la tercera etapa de nuestro camino filosófico. Es Samuel



Alfonso Reyes



Ramos el que lleva a conciencia reflexiva esta tendencia mexicana. Ramos explica que el mexicano vivió una época de profunda depresión. Después de la Revolución el mexicano no se sentía seguro. Había realizado un vasto movimiento social y moral cuyo significado no se veía por entonces con claridad y en esa ambigüedad de si lo hecho era bueno o malo no podía menos que deformarse el carácter del mexicano. Surgió así toda una serie de tretas y de mañas mediante las cuales el mexicano intentó darse una seguridad rotunda. No era aún el momento de despejar sin equívocos el sentido de la Revolución Mexicana, todo estaba en marcha, y por tanto, a medio definir, pero se quería ya tener un juicio seguro y favorable y como las cosas no permitían tal rotundidad se tuvo que arbitrar una innumerable copia de groseras estimaciones para decidir de una vez por todas que lo realizado era bueno y excelente.

Lo que perturbaba este juicio y hacía vacilar las convicciones sobre el mexicano era la opinión que en el extranjero se tenía de este mexicano que se adjudicaba airadamente la superioridad. Dentro de nuestras fronteras podíamos engañarnos sobre nuestras excelencias, mecerse en la ilusión de que todo se había conseguido sin un pero que oponer, mas los que viajaban se topaban con la ingrata realidad de un juicio adverso y tenían que hacer frente sin subterfugio a críticas duras y malévolas. Por eso suele repetir Ramos que al mexicano sólo se le puede juzgar a distancia, que era necesario alejarse del país y habitar en el extranjero para caer en la cuenta de que no todo lo hecho era irreprochable. El llamado complejo de inferioridad brotaba precisamente en estos viajeros que se las tenían que ver con otros hombres y responder a los que nos increpaban.

Pasaron los años y el mexicano que puso su convicción en la obra revolucionaria vio coronada esa confianza con el éxito. Después de momentos de incertidumbre y de zozobra está consolidada la obra revolucionaria y hoy podemos sin enmascaramiento declarar que lo que hicimos era bueno. Lo que hoy urge es constituir nuestra alma a la altura de esta nueva realidad ya lograda y por tanto desterrar del carácter todo aquello que como resabio de los años inciertos pudiera entorpecer nuestra acción. Es ésta precisamente la obra que han de cumplir nuestros pensadores. De ahí que diga Ramos que se impone una catarsis del mexicano, es decir, una limpia del alma, que dé confianza y ponga en la vía de afirmar cada día con mayor rotundidad nuestros propios valores.

Hemos así llegado a ese momento en que la meditación sobre lo mexicano adquiere el sentido de la tarea filosófica por excelencia. De lo que se trata es de adquirir una definición de nuestro carácter o de nuestro ser, como quiera decirse. No sería aquí el lugar de hablar de los resultados a que ha conducido esta meditación, aunque sí de subrayar que lo esencial de esa meditación es su dimensión filosófica y por tanto la necesidad en que se halla de

responder a las exigencias que la filosofía impone a un trabajo de esta índole.

José Gaos es entre nuestros maestros el que más ha hecho por rigorigar a la filosofía. Rigor no sólo quiere decir exactitud y probidad de investigación sino ante todo conciencia problemática. El reflexionar sobre la inflexible circunstancialidad de nuestro pensamiento es tarea de Gaos. Por eso ha dedicado lo mejor de sus esfuerzos a formar una serie de investigadores que en el campo histórico, en la historia, tomen conciencia del condicionamiento que impone la circunstancia mexicana, única capaz de explicar las peculiaridades con que entre nosotros se da la filosofía. Pero junto con ello Gaos es el pensador que más sentido tiene de las exigencias de una filosofía académica. Contra todas las interpretaciones precipitadas y efusivas, contra toda falta de probidad en el manejo de las ideas, levántase la austera responsabilidad de ir a los textos de los filósofos, de conocerlos pormenorizadamente.

Leopoldo Zea ha seguido por el primero de los caminos señalados por Gaos. Sus libros de historia de las ideas son ya clásicos. Pero al lado de esta valiosa dimensión de su pensamiento hay otra que ha concretado en la postulación de una filosofía americana. Zea se une en este punto con Vasconcelos. Filósofa, por lo menos en los inicios de su carrera, con los *ojos puestos* y los *pies en viaje* por toda Sudamérica y quiere una filosofía que exprese esa peculiaridad continental. Pero ¿en qué reside esta peculiaridad? Zea no lo ha dicho nunca. Sus últimas reflexiones han reducido el campo de su atención y empezado a roturar junto con el *Hiperión* el problema de la definición del ser del mexicano. Lo que Zea aporta de privado en este campo es la idea de que a pesar de que la filosofía se haya hecho mexicana no por ello ha renunciado a la universalidad, a esa universalidad a que nos abrió Antonio Caso, sino que tiene que avanzar hacia ella, pero pasando por la circunstancialidad de ese ser peculiar que es el del mexicano.

En este despertar académico de la filosofía a que hoy asistimos juegan un importante papel tres filósofos mexicanos discípulos de Antonio Caso; Francisco Larroyo, Oswaldo Robles y Eduardo García Máynez. En los tres se da la idea de la filosofía como "ciencia rigurosa" y los tres han enseñado a despreciar las improvisaciones. Configuran el pensamiento universal a tenor de las exigencias más tradicionales del saber científico. De especial importancia es la obra realizada por García Máynez con la fundación del Centro de Estudios Filosóficos y de la revista *Filosofía y Letras*. Estos son los órganos cordiales de la elaboración filosófica hoy en día.

Hemos visto así que en medio siglo la filosofía inicia un periplo que termina en la propia casa. Pero a partir de aquí tiene puestos los ojos en América y en el mundo, aunque de una manera concreta no sabe todavía decir cómo ascenderá hacia ellos, y apenas conozca cómo es que vino a centrarse la atención en el propio lugar.